

Enrique Molina

## IMPRESIONES SUREÑAS.—PUERTO MONTT. CHILOE

(*Febrero 1933*).

**E**L tren desciende a Puerto Montt serpenteando por gargantas estrechas abiertas en las colinas que circundan la bahía. Helechos cubren tupidamente los lados de la línea y más allá se extienden los verdes campos de cultivo, los pastales o la inmensa floresta virgen aun no desbrozada.

En las curvas que hace el tren aparece el panorama de la bahía, desaparece, vuelve a aparecer. El amplio cristal azul del óvalo del mar se presenta cerrado hacia el sur por algunas islas y hacia el suroeste por el dilatado y pintoresco caserío de la población del puerto. El sol se ponía en esos momentos por detrás de las colinas y de las islas revestidas de verdura.

Iba con dos excelentes compañeros de viaje, mis amigos Fernando N. y Marcelo B., ambos profesores inteligentes e ilustrados. Fernando es un poeta de verdad con amplia preparación filosófica. Marcelo, sin ser poeta, tiene también cultura filosófica y bajo apariencias frívolas, es de un fondo moral sólido y de rectitud caballeresca inalterable.

A pesar de que habíamos pedido habitaciones de antemano en el hotel no hallamos más que dos piezas

desocupadas. Había plétora de turistas y de veraneantes. Fernando dijo entonces: «Perdónenme, pero yo no puedo dormir sino solo». Marcelo y yo nos reímos de buena gana, le dejamos a Fernando una pieza y nos acomodamos perfectamente en la restante.

Dormir con Marcelo no exige, por otra parte, ningún gasto de paciencia ni siquiera de buena voluntad. Es un compañero inmejorable. No ronca ni mantiene la luz encendida a deshora para leer o por otro motivo. Duerme con la tranquilidad y la dulzura de un niño. Tiene un *hobby* muy curioso que voy a revelar aquí confiando en que estas líneas no las ha de leer ningún ratero que pudiera tentarse a jugarle una mala pasada. Es el *hobby* de los relojes. Lleva consigo una media docena de diferentes clases y calidades, de bolsillo, de pulsera o despertadores. Cuando tiene tiempo libre, en el día, y sobre todo, en la noche, los saca de sus estuches, los observa, los confronta; les da cuerda y los vuelve a guardar cariñosamente.

Al día siguiente temprano partíamos para Ancud. Habíamos confiado en el buen tiempo que nos había acompañado hasta la noche anterior. Pero en estas latitudes de Chile no se puede contar con bonanza en ninguna estación. La diosa de la lluvia es una deidad caprichosa que se complace en burlarse de los hombres y en mortificarlos. Caía una llovizna finita. Apenas se notaba; pero nada de sol en el cielo, nada de verde en las colinas, nada de azul en el mar. El polvo de agua, la cortina de niebla ponía en todo su color gris.

El pequeño vapor en que nos embarcamos fué avanzando rápidamente hacia el sur en un mar tranquilo como una superficie tersa de pizarra. Los islotes que en tiempo despejado habrían sido el encanto del paisaje emergían del mar como pesados y gigantescos hipopótamos de lomos grises redondeados.

Calbuco nos trajo las primeras notas de colorido y luz. Desde el vaporcito su pintoresco caserío se nos

ofrecía como apretándose a orillas del mar. Hay casas de dos o tres pisos de variados colores. Las ventanas parecen ojos que se abrieran para mirar al recién llegado, empinándose las de más atrás sobre las que están más adelante.

Han sido famosas las fábricas de conserva de Calbuco, la del señor Jorge Ditzel y la del señor Oelkerz. Hoy se encuentran casi totalmente paralizadas por el altísimo precio que ha alcanzado la hojalata como casi todos los artículos de importación. Calbuco forma un solo pueblo con La Vega, pequeña caleta al otro lado de la Isla. Una calle larga y empinada une las dos poblaciones. Las casas son casi todas de un piso y de tablas de alerce, la espléndida madera para construcciones de Llanquihue y Chiloé. Cuando no se las pinta toman un color plomizo como de cielo nublado, lo que viene a ser una especie de raro mimetismo. No hay pavimento en la calle y como tampoco hay movimiento de carruajes, los peatones acostumbran a traficar por el centro de la calzada. Nosotros avanzamos en medio de un silencio grato, como si fuéramos junto con los escasos curiosos que nos miran, sombras de personas, figurantes de un drama antiguo.

En estos modestos puertos hay sencillos astilleros en que se reparan perfectamente los vaporcitos que navegan por los canales y se construyen muy buenos botes.

Calbuco posee una valiosa reliquia, un San Miguel de madera de cedro que los españoles trajeron a principios del siglo XVII.

Como hemos dicho, el vapor en que vamos es pequeño, pero anda bien y ligero. De confort no hablemos. También deberíamos dejar de hablar de aseo para no mencionar cosas desagradables. La falta de aseo es enorme. Los manteles del comedor rotos o zurcidos y remendados y sucios. La comida bastante mala. Los servicios higiénicos repugnantes, de no acercarse a

ellos. Para apechugar con todas estas cosas pensábamos en que don Alonso de Ercilla y sus compañeros que fueron los primeros blancos que surcaron estas aguas deben de haberlo hecho en peores condiciones. O, sin remontarnos tan lejos, recordábamos las penurias del esforzado Pérez Rosales, y de los primeros alemanes que vinieron a las tierras de Llanquihue.

En relativo descargo de los vaporcitos y de sus empresarios hay sólo que expresar que el valor del pasaje es barato. Turismo criollo, decíamos sin embargo, turismo criollo. Le hablamos después de estos defectos al agente en Puerto Montt, el señor J. Ditzel, persona inteligente, activa y amable. Nos contestó que los propietarios no podían encarar el movimiento de los vapores desde el punto de vista del turismo, que no duraba más de un mes en el año, sino de manera que sirvieran durante los doce meses a las necesidades del comercio de las islas y de Puerto Montt. Pensamos, no obstante, que ésta pueda ser una atendible excusa para que no haya confort, pero no para que haya tanto desaseo.

A mediodía empezó a desgarrarse la niebla. El sol armó una fiesta de luz y colores. Sus rayos cabrillaban en el agua despertando los misterios de un azul profundo que tenía resplandores de cristal de Bohemia. El verde de las colinas vecinas era como un campo de sonrisas abiertas al astro del día. El canal de Chacao por donde íbamos, tiene, sin embargo, cierto carácter adusto, a causa de lo escarpado de algunos acantilados de sus orillas. Por hallarse también directamente abierto al océano es más agitado que otros canales del archipiélago.

Después de poco más de seis horas de navegación llegamos a Ancud. Una nube de *boteros* se arrojó ávida sobre el vapor, como podrían haberlo hecho los negros sobre un transatlántico en las costas de África. Parecía increíble que pudiera haber tantos en un pueblo tan

pequeño y para un vapor tan chico. Estaban pobremente vestidos. Los más andaban descalzos y con roturas y remiendos en número inverosímil. Pero eran animosos, ágiles y resueltos. Se conocía que las oportunidades de ganar dinero no eran muchas, que ellos querían ganarlo honradamente y había que aprovechar estas pocas oportunidades.

El pueblo está situado en una colina baja y no muy extensa. Desde la parte alta se desparrama escalonada y pintorescamente el caserío hacia el mar y los valles inmediatos. Desde que se dan los primeros pasos fuera del largo muelle se empieza a subir por las calles sin pavimentar. La plaza misma está ubicada en un plano inclinado, lo que le da un aspecto muy original que no carece de belleza. En ella se alzan los dos edificios tutelares de la localidad, la catedral y el seminario. La población de Ancud es muy católica. Aquí no se publica más que un periódico que sale dos o tres veces por semana, *La Cruz del Sur*, órgano del obispado. El pastor, cuenta, al parecer, en la cabecera de su diócesis con ovejas dóciles y fáciles de conducir.

Habríamos querido encontrar una catedral del tiempo de los españoles. Desgraciadamente no es así. Es sólo de este siglo y por añadidura, parece que mal construida, porque a pesar de sus pocos años, se encuentra bastante deteriorada. Por lo demás es de estilo indefinido y un tanto pretencioso.

En el mejor hotel (llamémoslo así) no encontramos más que una pieza desocupada. Como Fernando no puede dormir sino solo tuvo que ir a instalarse a otra casa residencial que le recomendaron.

Con dar muy pocos pasos en el pasadizo de entrada de nuestro hotel nos encontramos el primer y único patio de la casa, de un desaseo exuberante. Se veían sobre la tierra fangosa toda clase de desperdicios, cáscaras de frutas y de papas, trapos viejos, colas y esqueletos de pescados, excrementos de animales domés-

ticos, gallinas picoteando aquí y allá y un cerdo metiendo su hocico en el barro.

Subimos a la pieza que Marcelo y yo habíamos conseguido. Era de tablas amarillentas y limpias sin pintar. ¡Qué conjunto más abigarrado de cosas contenía. Probablemente era el dormitorio de la dueña de casa y nos lo había cedido. En una esquina una especie de consola llena de imágenes religiosas. De ahí se desprendía una panoplia o grande abanico lleno también de nuevas imágenes recortadas de diario o de revistas ilustradas. Al lado del Señor de la Buena Esperanza y de Santa Filomena el retrato de una desco-cada y casi desnuda bataclana. En otro paño de la pared una oleografía de vivos colores de todos los soberanos europeos de fines del siglo pasado. Más allá en marco muy vistoso un premio de constancia a un señor que había sido bombero durante veintidós años (tal vez el premiado era el marido de la propietaria). Y cuánto cachivache inútil más: sombreros viejos colgados de clavos, quitasoles y paraguas de los cuales quedaba el varillaje y algunos jirones de trapos descoloridos, igualmente colgados de la pared, una tapa de máquina de coser, un secador, etc., etc. Y en todas las cosas y en el aire un olor pesado, permanente, imborrable, aunque se abriera la pequeña ventana que daba a la calle, olor a cuerpo de mujer vieja que ha resuelto hace mucho tiempo que el trato con el agua es incompatible con la conservación de su salud.

Con la santa intención de ofrecernos comodidades, la buena señora nos había puesto tres colchones en cada cama. Como los colchones eran de dos cuerpos y éstos no se compaginaban bien unos con otros mi cama parecía una elevada terraza con escalinatas. Marcelo decía de la suya que era una montaña rusa. Pero la verdad es que después de algunos arreglos dormimos perfectamente.

Fernando no trajo mejores impresiones de su alojamiento.

En cambio la comida era bastante buena. La leche que se obtiene en la isla es muy sabrosa y se fabrican mantequilla y quesos exquisitos. La carne y las papas son de excelente calidad. Con estos elementos y la reconocida buena voluntad de la hotelera no tuvimos más que palabras de alabanza para la mesa.

Ancud se halla en visible decadencia. Los ancuditanos le echan la culpa de este mal al Gobierno que ha retirado de la ciudad el único regimiento que estaba de guarnición, el liceo de niñas, la escuela normal y no se qué más. Algo puede haber influido tales medidas en el decaimiento. Pero la verdad es que éste obedece a causas naturales. Ancud está mal situado. Es un puerto inseguro. Se halla expuesto a los vientos del norte, en un extremo de la isla, lejos de las principales arterias de los canales y no puede servir de centro al movimiento comercial de la región, ventajas con que cuenta su afortunado rival, el puerto de Castro.

En Ancud nos sirvió de *cicerone*, activo y simpático *cicerone*, nuestro amigo el señor Manuel Saavedra, distinguido dentista graduado en la Universidad de Concepción. Saavedra pertenece a una antigua familia de la localidad y se halla relacionado con todo el mundo. A las niñas no las llama más que Nena, Lila, Chita, Mena, y a los jóvenes Quico, Toño, Paco, Manolo. Todos le sirven y le obedecen dentro de la mejor camaradería.

Saavedra nos puso en comunicación con el doctor Bize, propietario de uno de los autos que hay en el lugar. Gracias a su amabilidad pudimos visitar los hermosos alrededores del pueblo y contemplar desde una altura el bello panorama que ofrecen el mar, las verdes colinas y el valle del Pudeto más caudaloso de lo que pudiera creerse, tratándose de un río de curso tan corto.

Guiados por el doctor visitamos el hospital. No ocupa una casa propiamente moderna; pero cuenta con buenas instalaciones y se halla muy bien tenido, en forma que podría alguna gente ir a tomar ahí cursos de aseo.

Con Saavedra y el ilustrado rector del Liceo de Puerto Montt señor Nicanor Bahamonde fuimos a ver el único resto que queda de la época colonial, el fuerte de San Antonio, en el cual lo de material más sólido es el polvorín que se conserva en muy buenas condiciones. Las demás partes, aunque no son más que hondonadas y taludes de tierra, se conservan igualmente bien. Ahí duermen, botados en el suelo, como muertos de esqueleto indestructible, los cañones de otros tiempos. Una sencilla columna de piedra conmemora el recuerdo de la última campaña de nuestra independencia.

El viaje de Ancud a Castro es un deleite. Se puede hacer cómodamente en autocarril. La línea va cercada entre helechos y árboles gigantescos de la selva primitiva. Sólo muy a la distancia se presenta algún claro en que aparece algún caballo asustado o uno que otro vacuno. La mayor parte de la isla se halla no sólo incultivada sino aún inexplorada.

Unicamente con mandar gente a cortar árboles y a desbrozar estos campos a fin de prepararlos para la labranza quedaría resuelto el problema de la cesantía en Chile, dijo Fernando con mucha razón.

Los viajes al aire libre, despiertan el apetito. En llegando al hotel de Castro, que lo encontramos mucho mejor que el de Ancud, Fernando ordenó junto con té un bíftec a lo pobre, es decir con huevos, papas y cebollas. Marcelo, que es un gastrónomo de primer orden, no quiso ser menos y pidió otro. Los productos derivados de la ganadería y las papas son de tan excelente calidad aquí como en Ancud.

Castro tiene todas las formas de una vieja aldea y

arrestos de pueblo nuevo que quiere surgir. Calles anchas y polvorientas y una plaza espaciosa como un potrero, circundada por avenidas de árboles inmensos. La iglesia, en un ángulo, es amplia y nueva, de madera y forrada por fuera de lata repujada. Dos cañones de grandes proporciones, asentados en sólidas cureñas, guardan, como elementos decorativos un tanto anacrónicos, las dos principales entradas de la plaza.

El pueblo ocupa una planicie relativamente alta y parece de temperamento seco. El aire es delicioso. Silencio y poca gente en las calles. Un sacerdote alto y delgado pasa enfundado en una sotana negra. Nos saluda amablemente sacándose su sombrero de teja. Cortesía lugareña. Le contestamos complacidos.

El pueblo desciende en barrancos hacia el río por el lado sur o hacia el mar por el lado norte. La calle más comercial se desarrolla así en una viva pendiente que va desde el mar hasta la playa. Esta circunstancia y el estuario que forma el mar hacen pensar en pequeños pueblos españoles de las costas gallegas y cantábricas. En la playa hay mucho movimiento. Castro se tiene ganado el cartel de principal centro comercial de la isla y de emporio de la papa en todo el archipiélago.

Al lado del puerto hay un pequeño barrio cuyas habitaciones han sido levantadas sobre pilotes plantados en el fango. Ahí viven hacinados centenares de obreros que se dedican al comercio de la papa y de otros frutos. Se le llama pomposamente y con razón «la ciudad china». Sería Cantón en miniatura. Son casas pequeñas, oscuras, sucias, pringosas, separadas por pasadizos o callejones que no tienen dos metros de ancho. Se siente el martilleo de cajones de papas que se embalan; mujeres descalzas y sucias venden frutas y fritangas; y por todas partes pululan chiquillos mocosos, desarrapados y muchos con los traseros al aire.

Castro se halla en el término o vértice del estuario que es como un cuerno. Es suficientemente hondo para

ofrecer fondeadero a buques de gran calado. Forma el mejor puerto natural de Chile. Ningún viento turba la tranquilidad de sus aguas. Como almas de vida profunda permanecen siempre serenas ante las tempestades que todo lo trastornan a su alrededor. ¿Podrá ser en lo futuro un pequeño nuevo «cuerno de oro»? ¿Por qué no? La leche, la mantequilla y los quesos de Wisconsin producen más riqueza, según una inscripción de la Universidad de Madison, que todas las minas de metales preciosos de los Estados Unidos.

Salimos de regreso en una mañana radiante. A lo largo de la ría fuimos deteniéndonos a uno y otro lado en pequeños pueblos pintorescos. Llama la atención la gran cantidad de botes bien fabricados que hay en todas partes. Como el caballo para el huaso, como el libro para el estudiante, el bote es consustancial para el chilote. A menudo son mujeres las que reman en ellos y lo hacen con gallardía y suma destreza. La mujer participa en estas islas en todos los trabajos del hombre. Las vimos llegar a algunos lugares en sus botes a remos o a la vela manejados por ellas mismas. Iban a vender legumbres, hortalizas, leche. Con las faldas remangadas hasta más arriba de la rodilla, luciendo sus piernas robustas y llevando su canasto a la cabeza, salían por medio del agua a la playa. Eran como estampas de mujeres bíblicas.

Entre pueblo y pueblo, de trecho en trecho, se divisan en medio de las colinas pequeñas casitas de madera, las casitas plumizas de alerce. Y de distancia en distancia capillas también de madera con sus torrecitas como palomares. En cada casa vive el propietario de una reducida porción de suelo. La propiedad se encuentra muy subdividida en Chiloé. Entre los chilotes es crecido el número de los trabajadores independientes, aunque modestos y pobres. La organización de cooperativas de producción entre ellos tendrá que traer muy buenos resultados. El individualismo es muy poco simpáti-

co hoy día. Pero antes de condenarlo hay que distinguir. Al estado individualista, estilo siglo XIX, ya no se le puede defender. Mas hay que tener cuidado de no caer en las exageraciones del Estado providencia al que se quiere hacer responsable de cuanto mal ocurre en la sociedad y se le exige que tenga un remedio para todo. En cambio, existe un individualismo que tiene sus raíces en las entrañas mismas de la naturaleza humana, formado por el sentimiento de responsabilidad y por la capacidad de iniciativa, y del cual no prescinde nadie que quiera hacer su vida trabajando honradamente, que tenga el sentido de la dignidad de su personalidad y se halle animado de la voluntad de triunfar por sus propias fuerzas; individualismo que no está por lo demás, reñido con los más nobles sentimientos altruístas ni con las exigencias de una perfecta cooperación y organización social. Algo de este sano individualismo se nota entre los chilotes. A su vida económica la caracterizan todavía en verdad rasgos primitivos, sin complicaciones técnicas y sin las facilidades y los peligros del crédito. En la isla no hay bancos. Pero no nos hemos topado tampoco con cesantes ni con mendigos. Se siente el ambiente sencillo y honrado de una existencia arcádica.

En Castro tomaron el vapor dos rubias bien parecidas para trasladarse a un pueblo vecino. Eran de origen alemán y venían con su madre.

A la hora del almuerzo una de ellas y una señora amiga se sentaron a la misma mesa que ocupábamos nosotros. Por hablar de algo seguramente hablaron de mareo. Qué iba a haber peligro de marearse. El vaporcito avanzaba sobre las aguas como un patín en el terso espejo de un lago helado. Para hacerlas entrar en conversación con nosotros, les dije, sin embargo, que en caso que se marearan les ofrecía los servicios de Marcelo que era médico y de cuyos aciertos respondía,

a pesar de su juventud aparente, porque había hecho muy buenos estudios.

Las damas no dudaron de la verdad de mis palabras y la comunicación quedó establecida. Se habló de estudios y de que la rubiecita iba a terminar humanidades para seguir una carrera universitaria. Rodando, rodando, la charla fué a parar al amor. Fernando se manifestó muy escéptico al respecto y sobre todo en cuanto al matrimonio. «¿Conocen, les dijo, una definición del matrimonio, que es la más exacta que se ha dado? El matrimonio es un hombre menos y una mujer más».

Nuestras compañeras tuvieron que reírse a pesar de que la definición no fué de su agrado.

Marcelo aprovechó el puente que se le había tendido y entabló un rápido flirteo con Alicia, que así se llamaba la rubia. Esta era sin duda bella, de cuerpo proporcionado, tenía la seducción de una juventud fresca y sana y manifestaba una ingenuidad deliciosa.

Para ponerle algunos obstáculos en su rápida y breve carrera amorosa, Fernando quiso desilusionar a Marcelo diciéndole que la muchacha era una cabra deslavada y desabrida. Pero nada. La tarde estaba hermosa y suave y los jóvenes la pasaron sentados a popa. La dorada cabellera de la niña realzada por el sol era como un penacho de su feminidad en flor. Charlaron en una embriaguez de luz y de palabras y se prometieron enviarse tarjetas.

—¡Qué lástima que tenga que desembarcarse, le dijo Marcelo, cuando esta noche va a ser de una luna preciosa!

Fernando oyó esta frase.

Vino la despedida y los pañuelos se agitaron hasta que se perdieron de vista.

—Qué siútico ha estado usted, hombre, le dijo después Fernando a Marcelo, con gesto de quien siente

una falta de buen gusto, hablar de la luna y de la noche de luna, como un enamorado cursi.

—Vaya con la idea de que pudiera estar enamorado. Habría tenido que ser muy fulminante el ataque. Pero usted como poeta, quiere reservarse el privilegio de poder hablar de la luna.

—No, mi amigo. Es que hay que saber tratarla y colocarla. De otra manera resulta empalagosa.

Nuestros amigos pasaban en discusiones interminables que eran amenísimas. Cuando Marcelo se veía apurado, para embromar a Fernando, le recitaba en francés con énfasis cómico, retazos de versos de Paul Valery, de un libro de poesías que Fernando había venido leyendo y aprendiendo de memoria durante el viaje.

Llegamos a mediodía del día siguiente a Puerto Montt con temporal deshecho. El mar, embravecido, por el viento sur, arrojaba sus olas furiosamente sobre el muelle y el malecón del lado norte. Era imposible desembarcar ahí. El vapor tuvo que ir a fondear al seguro refugio que ofrece la parte del puerto llamada Angelmó, en el canal de Tenglo, resguardado por la isla del mismo nombre que como una inmensa oruga verde serpentea paralelamente a lo largo de la costa.

En la tarde, una vez pasada la tormenta, volvimos a este barrio. Atravesamos el canal y pasamos a la isla. Bajo una enramada tomamos rica chicha dulce de manzana.

Desde la isla de Tenglo el panorama de Puerto Montt es bellissimo. Sobre el obscuro azul del mar se alzan las líneas del pintoresco caserío de variados colores y con techos pintados de rojo, recortado en el almohadón circular de colinas verdes. En el centro del cuadro se levanta la masa enorme del Calbuco y el cono elegante del Osorno, ambas cumbres nevadas, como viejas y a veces malhumoradas deidades tutelares de cabezas canas. Hacia el oriente la faja violácea que forman los

cordones de los Andes que cierran la bahía por ese lado. En sus picos que se recortan como dientes de una sierra, brillan manchas de nieve cual obturaciones de plata. Por encima de todo la bóveda clara, transparente, tersa, de un cielo sin nubes.

Mis compañeros regresaron primero que yo al norte. Los abracé con pena en la estación. Habíamos pasado ocho hermosos días. Pensaba luego en una de las antinomias que hay entre la vida real y la literatura, de manera que no es acertado tomar siempre a ésta como trasunto de aquélla, ni aun tratándose de la literatura llamada realista. En la realidad la vida sin dolor es bella. En las letras el hombre prefiere la belleza del dolor.

Puerto Montt con su complemento de Angelmó en el canal de Tenglo forma un puerto natural de primer orden. Llama la atención que no hayan sido los españoles los primeros fundadores de una población en lugar tan adecuado. Los conquistadores habían fundado más al sur a Castro en el siglo XVI, a Ancud en el siglo XVIII y no aprovecharon la magnífica ensenada que les ofrecía el seno de Reloncaví. Cuesta creer que esos valientes se hayan arredrado ante la resistencia que les oponía la tupida y compacta selva de las orillas. Puerto Montt ha llegado a ser la llave del comercio del extremo del valle central con los archipiélagos vecinos y hasta con Magallanes y sus progresos son manifiestos. Es verdad que sus calles están aún sin pavimentar. Las frecuentes lluvias mantienen al polvo sujeto, pero cuando ha dejado de llover unos pocos días, ese polvo, sin la disciplina del agua, se vuelve subversivo y ataca transeúntes y cuanto encuentra en tremendos remolinos. Es verdad que de dos teatros que posee el pueblo el mejor no pasa de ser una barraca estrecha y fea. El otro no lo conocimos. En cambio ostenta el lujo de unas hermosas aceras que difícilmente se encuentran en otras ciudades. Son anchas y cubiertas

de claras baldosas de cemento. Las construcciones han mejorado notablemente. Ostenta muchos edificios de tres pisos, de material sólido y de estilo moderno. Casi todos tienen grandes tiendas en los bajos. Cuenta con un buen liceo de hombres y el bien instalado colegio jesuíta de San Francisco Javier. Su población se ha duplicado en los últimos diez años, progresión que tal vez ningún otro pueblo de Chile puede contar (1). Puerto Montt tiene asegurado su firme crecimiento y su porvenir.

Nos hemos encontrado en la conmemoración del octogésimo aniversario de su fundación; pero el hecho no pasó de merecer un corto párrafo de crónica en los periódicos del pueblo. Su fundador fué el insigne don Vicente Pérez Rosales, gran tipo de chileno emprendedor y aventurero, émulo y continuador de los atrevidos exploradores castellanos. Pero ese día ni una corona fué a recordar la ejemplar hazaña a los pies del montón de piedras que, a guisa de monumento, perpetúa el nombre del fundador en la plaza del puerto. Pérez Rosales merece no sólo esas piedras mal amontonadas en desorden modernista, no sólo un busto, sino una estatua de cuerpo entero.

Pérez Rosales llegó aquí como director y principal propulsor de la colonización alemana en estas provincias australes, empresa llena de dificultades debido tanto a una naturaleza agreste y bravía, como a las pequeñeces y pasiones de los hombres.

Los primeros colonos que llegaron a Valdivia encontraron enojosos obstáculos para establecerse porque otros supuestos poseedores o propietarios se opusieron a que se les entregaran las tierras ofrecidas. Moviendo influencias en Santiago y con mil chicanas tinterillescas llegaron a hacer insoportable la situación de los colonos.

---

(1) Tiene actualmente alrededor de 18,000 habitantes.

Pérez Rosales atravesó la provincia en busca de suelos para su gente. No había buenos caminos, salvo los de los ríos. Bosques impenetrables se extendían casi sin interrupción desde la cordillera hasta el mar. Las lluvias constantes mantenían el suelo como esponja saturada de agua. A menudo no era posible dar un paso sin ir cortando con machete las ramas y enredaderas que se enlazaban entre los árboles.

Nuestro explorador llegó a las orillas del lago Llanquihue y como era imposible andar por la costa, para reconocerlo, se dispuso a hacerlo navegando. Apenas pudo disponer de embarcaciones poco menos que improvisadas. Dos veces puso en práctica su intento: las dos veces naufragó y casi perdió la vida.

El infatigable don Vicente subió entonces a la cumbre del volcán Osorno, para procurarse una vista completa de la región. Núñez de Balboa no se sintió más transportado por la belleza ni más satisfecho en su ambición de descubridor al subir el último cordón de los Andes, y contemplar el océano Pacífico de como lo fué en esta ocasión Pérez Rosales. Desde su magnífico mirador tenía este delante de sí el hermoso disco del lago Llanquihue, las espléndidas tierras que se extendían a su alrededor, y también, en el golfo de Reloncaví, un nuevo y prometedor mar del Sur.

La próspera naturaleza, dice nuestro héroe en sus bellos *Recuerdos del Pasado*, al formar ese surgidero, parece que se hubiese esmerado en dotarle de todas aquellas ventajas que sólo obtiene la mano del hombre en otros puertos a fuerza de tiempo y de supremos sacrificios. . . Este importante lugar, colocado en el punto preciso donde debía de iniciarse el primer trabajo colonial, fué designado como centro y punto de partida permanente para las operaciones subsiguientes. La poderosa selva que lo cubría en su totalidad no dejaba al pie del hombre más lugar donde detenerse que la estrecha zona de pedruscos y arenas que dejaba libre, dos veces al día, el reflujo del mar. El hacha y el fuego franquearon pronto asiento a un mal galpón y no fué otra la primera piedra que en 1852 sirvió de base al hermoso edificio

que miran con patriótica emoción cuantos, conociendo lo que aquello fué, tienen ocasión de ver lo que es ahora.

A ese solitario e improvisado asilo, que el mar estrechaba por un lado y un imponente bosque con su fangosa base por el otro, fueron conducidos, sin más esperar, los inmigrantes que yacían apiñados en las húmedas casas-matas de los castillos del Corral y otros más que en aquellos momentos llegaron de Hamburgo.

Más adelante dice el esforzado colonizador:

Poner en aquellos lugares una cuadra de tierra en estado de cultivo, parecía, en efecto, empresa muy superior a la fuerza de los medios empleados para conseguirlo. Hallábase todo aquel vasto territorio cubierto de espesísimas selvas, las cuales, desde las nieves eternas de los Andes, aparecían desprenderse y marchar sin interrupción hasta las mismas aguas del mar. Allí crecían y se alimentaban aquellos colosos de nuestra vegetación (el alerce) de cuyos rectos troncos aun se sacan más de dos mil tablas; allí los árboles seculares invadían el dominio de las aguas; hundiendo en ellas sus robustas raíces, las cuales aparecían en los reflujos cubiertas de sargazos y de mariscos, sin que la sal marina menoscabase en nada la fuerza de la vegetación; allí los espinosos matorrales y tupidas quilas envueltas y estrechadas contra los troncos por los retorcidos cables de las flexibles lardizábalas interceptaban hasta la luz del sol, y el piso húmedo y fangoso que los sostenía, se ocultaba bajo un hacinamiento impenetrable de troncos superpuestos y en descomposición. El fuego mismo en aquellas humedades permanentes perdía mucho de su carácter destructor.

Veamos las trágicas peripecias de una primera excursión al interior:

Fatigados los colonos de la enojosa situación en que se hallaban, pues por falta de caminos aun no había sido posible repartirlos en sus respectivas hijuelas, apenas vieron volver los primeros exploradores que acababan de abrir a hachuela y machete una tortuosa y muy estrecha senda entre el puerto y la laguna de Llanquihue, cuando solicitaron del Agente permiso para recorrerla. Salió éste en persona con treinta y dos de los más animosos, y, un instante después, marchando de uno en uno, desaparecieron todos en aquella senda que pudiera llamarse obscuro socavón de cinco leguas, practicado al través de una húmeda y es-

pesísima enramada, cuya base fangosa se componía de raíces, troncos y hojas a medio podrir. A cada rato se hacía alto para poderse contar; pues como las ramazones que apartaba con esfuerzo el de adelante se cerraban al momento tras él, parecía que cada uno marchaba solo por aquella selva. A la media hora de una marcha muy fatigosa, al practicar nueva cuenta en un descanso, se notó con sorpresa primero, y después con espanto, que faltaban dos padres de familia, Lincke y Andrés Wehle. Se les llamó, se hizo varias veces fuego con las armas que llevábamos, se mandó volver atrás para ver si a lo largo del sendero se encontraba algún rastro de desvío para socorrer a aquellos desventurados. En vano fué el mandar comisiones de hijos del país halagados con ofrecimientos, en vano el disparar con frecuencia el cañón del Meteor; todo fué inútil, aquellos dos desgraciados habían desaparecido para siempre.

Este recorrido que daba lugar a tan macabra aventura se hace hoy en media hora en ferrocarril o en auto por la despejada y buena carretera que va de Puerto Montt a Puerto Varas.

En todos los continentes y mares el hombre ha vivido su epopeya, epopeya de trabajo, de valor y de dolor, pero sólo en algunas partes ha quedado escrita. A los chilenos nos ha cabido la suerte de que sea nuestro país el teatro de un poema que, por referirse a los comienzos de nuestra historia y cantar las hazañas de nuestros aborígenes, podría llamarse nuestra *Iliada*. Tal es La Araucana. Pidiendo perdón a los helenistas muy exigentes y celosos, por si en uno y otro caso quisieran ver un desacato, cabría decir también que tendríamos una pequeña *Odisea*. Las provincias australes serían el único escenario donde se desarrolla la acción de la primera y el principal de la segunda. Los *Recuerdos* de Pérez Rosales formarían esa *Odisea*. Es verdad que se hallan escritos como han tenido que estarlo memorias del siglo XIX, sin entonación épica, sin la intervención de diosas y de ninfas; pero su héroe, sin ser tampoco un escapado de una guerra legendaria, no le va en zaga en valor alegre, en fuerte espíritu aven-

turero, en imaginación llena de recursos y en discreción al homérico Ulises y la narración de sus andanzas es interesantísima. La afortunada salvación de Pérez Rosales de uno de sus naufragios en el lago Llanquihue es como la llegada de Ulises a la isla de los feacios. Ambos tuvieron que pasar la noche en medio del bosque sobre un lecho de ramas y sin más abrigo que otras ramas.

Además de luchar contra una naturaleza silvestre erizada de peligros Pérez Rosales debió soportar la incompreensión y la maldad de los hombres.

Las autoridades de las vecinas provincias, contagiadas por el odio infundado, que muchos de sus vecinos alimentaban contra los extranjeros, contrariaban a cada paso la marcha del Agente de la colonización, en sus respectivos territorios. El fantasma de los terrenos fiscales alzó también en Llanquihue su inoportuna y descarada cabeza, y todos los terrenos proclamaron dueños también allí. Muy pocos periodistas sabían donde estaba la colonia, sin dejar por esto de ocuparse de ella y de criticar su situación, haciendo una lastimosa confusión entre Valdivia y Llanquihue... Pero esos enemigos no bastaban, se lee en los *Recuerdos*; era preciso que entrase en línea el negro fanatismo que, para vergüenza de la humanidad, campea aún en el siglo en que vivimos. Este implacable enemigo del progreso, y de cuanto encierra de divino el corazón humano, no tardó en encontrar en un Ministro de Justicia, para quién el hábito, hacía al monje, y en un decano universitario, de estos que llaman «pasados por agua» los españoles, los instrumentos que necesitaban para hostilizar a la colonia.

El decano hizo una espeluznante presentación al Consejo Universitario y éste la elevó al Ministerio. Copio estos detalles porque así podemos apreciar todas las amarguras que tuvo que sufrir el alentado colonizador y además son cosas que el transcurso del tiempo ha tornado decididamente pintorescas.

Decíase en aquel espantable papelote, continúa Pérez Rosales, que la propaganda protestante todo lo estaba invadiendo,

que eran protestantes los profesores de las escuelas, protestantes los seductores de las mujeres y protector de protestantes el Agente, que a fuer de masón, el día de San Juan Bautista profanó templos con escandalosas orgías. Concluía con un pliego entero de reflexiones que dicen así: «A la vista de estos acontecimientos, con cuánta razón temían los buenos ciudadanos la fundación de esta colonia, y con cuánta justicia pronosticaban y lamentaban en su corazón éstos y otros males».

La colonia tan denostada entonces ha dado lugar en el transcurso de pocos decenios a las poblaciones más prósperas de Chile y a un desarrollo agrícola e industrial que es una de las garantías más seguras del porvenir del país. Apenas es dado imaginarse el estado de atraso en que se encontrarían estas regiones sin la tenacidad heroica de Pérez Rosales y sin el esfuerzo de los colonos alemanes y de sus descendientes y de lo que con ello sufriría la economía nacional.